

CAVILACIONES SOBRE GREGORIO LUPERÓN

Salvador Morales

El papel de los historiadores imbuidos de una concepción científica no es el de juzgar y, como un dios todopoderoso, repartir condenas o apologías, sino explicar. Sólo después de la explicación cabe aventurar los juicios valorativos. Esto es aplicable a los acontecimientos como a las personalidades destacadas. Nada choca tanto en el trabajo historiográfico como la retórica grandilocuente, la unilateralidad. Cansan e irritan las idealizaciones tomadas en préstamo de la oratoria panegirista.

En tiempos recientes la personalidad histórica de Gregorio Luperón fue objeto de vivas controversias en República Dominicana. El punto candente giraba en torno a la magnitud de su desempeño en la Restauración, si él era el héroe de la lucha contra la anexión a España, o era la figura de Gaspar Polanco la más relevante. La efectiva utilidad de la polémica residió en la profundización con respecto al tortuoso hecho que puso a los dominicanos nuevamente, después de proclamada en 1844 la independencia de Haití, bajo la administración colonial española en 1861. Sin embargo, sirvió también para esclarecer el papel de los líderes patrióticos en buena medida, a pesar de la presencia de criterios acalorados.

Las peripecias y azares de la liberación nacional primero, y de las pugnas por el poder después, hicieron de Luperón un hombre entregado totalmente a la actividad política. Si en la inicial y primera etapa los objetivos de sus acciones convergían hacia el rescate de la independencia absoluta, en el otro período el centro fundamental de sus quehaceres políticos y militares fue el de conservarla de los turbios manejos anexionistas en que coludían el presidente dominicano Buenaventura Báez y el presidente norteamericano Ulises Grant, quien ya achicaba su hoja en las luchas antiesclavistas en el lodo de la corrupción. Fue entonces que la estatura histórica de Luperón se elevó a plano protagónico superior no sólo en lo interno, puesto que la batalla contra la nueva anexión ensanchó sus marcos a un espacio caribeño.

Este complot antinacional estaba en curso cuando comenzó la guerra independentista en Cuba. Sus oponentes partieron al exilio o a la resistencia. Si no hubiera sido por estas circunstancias, de seguro Luperón habría participado en las luchas cubanas por la independencia, como afirmó en carta solidaria. Sus probadas experiencias en las luchas guerrilleras contra las tácticas militares españolas hubieran reforzado las adaptaciones llevadas a cabo con especial éxito por Máximo Gómez, los Marcano y Modesto Díaz.

No fueron pocos los gestos y actos solidarios de Luperón con respecto a Cuba y Puerto Rico. Desde 1867, extendió su amistad a Ramón Emeterio Betances, a quien animó y protegió en sus empeños de libertad para Puerto Rico, luego a los cubanos exiliados en tierra dominicana, pero muy especialmente a los radicados en Puerto Plata, su ciudad natal, que hicieron de ella la más cubana de las ciudades dominicanas. Cuando Martí lo calificó de "dominicano generoso" y "hombre de juicio sereno y corazón", dejó dicho para la posteridad que teníamos para con él una "deuda de ternura y afecto". ¿Acaso puede olvidarse su gesto caballeroso al enterarse de la muerte de Ignacio Agramonte, desconocer el decidido apoyo que encontraron en el jefe del Cibao los cubanos forzados a emigrar por el terror colonialista, no recordar la custodia y las armas ofrecidas a Antonio Maceo para reanudar la guerra en la manigua cubana y el auxilio oportuno a Máximo Gómez cuando volvió a su patria en busca de extraviados elementos para la causa de Cuba? No son pocas las pruebas escritas de su imperturbable solidaridad antillana que hemos encontrado en los archivos cubanos y que enriquecerán en fecha próxima nuestro conocimiento de nuevos aspectos de su acción revolucionaria. Una de ellas es particularmente emocionante, la dirigida a un anónimo amigo cubano que comienza con enfática declaración: "Donde quiera que me encuentre defenderé a Cuba y Puerto Rico: Esto es a los cubanos y a los puertorriqueños".

La concepción antillanista de Luperón nunca estuvo desligada de su prevención antiimperialista. Observemos el sentido abarcador que refleja la histórica carta que dirigió a Grant, en la cual ponía en tela de juicio la validez de la doctrina Monroe, que aún se intenta emplear con nuevo maquillaje para pretextar su repugnado intervencionismo: "La repetida Doctrina de Monroe, tiene sus vicios y sus delirios, nosotros creemos que la América debe pertenecer a sí misma, y alejada de toda influencia europea, vivir como el mundo viejo, de su vino propio, local e independiente; pero no pensamos que la América deba ser yanquee. De un hecho a otro hay una gran distancia que no se puede salvar".

De este razonado convencimiento acerca de la amenaza que representaba Estados Unidos para las Antillas, para el resto de la América, la América nuestra, brota su apoyo a los planes de confederación de República Dominicana y Haití, con Cuba y Puerto Rico, una vez hubieran

conseguido éstas la independencia. Ese proyecto gozaba de cierta base. Los vínculos entre Gregorio Luperón y los revolucionarios cubanos y puertorriqueños estuvieron basados en una comunidad de sentimientos y conceptos anticolonialistas, republicanos, democráticos, nacionalistas, unos y otros enraizados en la comunidad de orígenes, en la comunidad de enemigos y de peligros, en la comunidad de aspiraciones y lazos de fraternidad.

Si algún latinoamericano merece un sitio en el llamado Parque de la Fraternidad Americana de La Habana, junto a Hostos y Betances, que aún no lo tienen, es precisamente Gregorio Luperón. Aquel de quien se dice con voz condenatoria pero tenue que del poder benefició su fortuna, aquel a quien se le cuestiona la propia escritura de sus cartas y memorias. Pecados pendientes y necesitados de demostración. ¿Tenía razón Martí en el discurso en el cual habla de Luperón, cuando decía que los hombres se dividían en dos razas: de un lado los egoístas, los que sacrifican todo: patria, amistad, estimación, hasta estimación de sí mismos a su beneficio y contentamiento; del otro lado, en donde sitúa al dominicano generoso, de juicio sereno y corazón, los otros, quienes "aunque en las horas de sosiego puedan pagar su tributo a los apetitos y a las flaquezas de la naturaleza humana cuando la hora de la grandeza y el atrevimiento suena; cuando el honor humano o el honor patrio están en peligro, como arrebatada el viento una paja, se sacuden de los hombros todas las preocupaciones, conveniencias e intereses que puedan estorbarla, y alegres como águilas libres, se arrojan apretadamente a la pelea...?"

Sin excusar los errores que cometiese, de esa masa dramática fue Luperón. Así fue el hombre que, el 8 de septiembre de 1988, cumplió 150 años de nacido, así fue con más luces que sombras el muchacho que se hizo general en la lucha y más de treinta años de su vida estuvieron inmersos en la vida política de su país y de las Antillas, en la política grande que afama, y en la pequeña que deslustra y achica. El saldo histórico, si lo analizamos desde el punto de vista de su época, de su pueblo y de su clase, es un resultado altamente positivo —a diferencia del de varios de sus compañeros que se deslizaron hacia la degradación política y personal— lo suficiente para encarnar un ejemplo alentador más en el esfuerzo por unir vigorosamente las fuerzas necesarias para seguir enfrentando el poderío imperialista de Estados Unidos, que no ha desistido de la idea de someter a nuestros pueblos a su tutela. Bien merece la pena que cavilemos un poco sobre los batallares inconclusos de Gregorio Luperón: "hombre de juicio sereno y corazón".



General Gregorio Luperón